



EL ESTUDIO DE LAS ACTITUDES SOCIALES Y LOS IMPLÍCITOS IDEOLÓGICOS EN LA OBRA DE H.J. EYSENCK

J.M. SABUCEDO

Universidad de Santiago de Compostela

La amable invitación de los editores de este monográfico me ha permitido volver a uno de los temas y autores a los que dediqué una cierta atención durante los años posteriores a mi licenciatura.

A principios de los 80 y bajo la dirección del Prof. Julio Seoane se formó en la Universidad de Santiago de Compostela un grupo de trabajo para analizar las dimensiones psicológicas del autoritarismo. En las diferentes reuniones de ese equipo se fue perfilando, entre otras, la tesis doctoral del autor de estas páginas.

La lectura de diversos trabajos sobre ese tema a la vez que sugerían posibles respuestas planteaban nuevas dudas e interrogantes. Esto ocurría, especialmente, en el caso de Eysenck. Su teoría respecto a la semejanza de los grupos extremos en el continuum político no dejaba de tener cierta lógica; sin embargo, había diversas cuestiones relacionadas con el procedimiento de comprobación de las hipótesis que resultaban, en principio, poco claras y cuestionables.

Con la finalidad de obtener de primera mano las respuestas que estaba buscando, le escribí al Profesor Eysenck solicitándole una entrevista para hablar de su trabajo y de mi tesis. Poco tiempo después me hallaba en el Maudsley Hospital frente a uno de los psicólogos más influyentes y polémicos de estos últimos años.

En ese encuentro, Eysenck comentó cómo fue desarrollando su teoría sobre la estructura bidimensional de las actitudes socio-políticas y los numerosos estudios que la respaldaban. Su tono afable sólo se vió alterado en momentos puntuales en los que le planteaba, desde mis dudas e incertidumbres y citando trabajos de diferentes autores, críticas a algunas de sus investigaciones y posibles formas alternativas de enfocar este tema. En esas ocasiones, su mentalidad *tender-minded* que presidió gran parte de sus comentarios parecía transformarse en *tough-minded*.

Gran parte de los argumentos esgrimidos por Eysenck en esa entrevista, serán recogidos en este trabajo. Con el objetivo de reflejar de forma lo más fidedigna posible la postura de ese autor, las primeras páginas estarán dedicadas a exponer, en la mayor parte de los casos con sus propias palabras, sus tesis, argumentos y datos sobre las actitudes sociales. Posteriormente, evaluaremos la vigencia de esos planteamientos a la luz de los propios resultados de Eysenck y comentaremos algunas de las consecuencias socio-políticas que se derivan de sus formulaciones.

Como se observará en su momento, mantenemos muy serias discrepancias respecto al trabajo de H.J. Eysenck. Pero al margen de ello, deseo que mi modesta contribución a este

monográfico sea expresión del agradecimiento hacia una persona que tuvo la deferencia y generosidad de dedicar, de esto hace ya diecisiete años, una parte de su tiempo a tratar de solventar las dudas e incertidumbres de un joven doctorando.

El autoritarismo de derechas y el contexto socio-político

La Personalidad Autoritaria (LPA) constituye, sin lugar a dudas, una de las obras más importantes en las ciencias sociales. Buena prueba de ello la constituyen los cientos de trabajos destinados a analizar diferentes aspectos de la misma.

Las primeras reacciones al trabajo de Adorno et. al. (1950/1965) fueron muy positivas. Shils (1948) afirmaba que se había demostrado la incidencia de una serie de variables de personalidad sobre las actitudes antisemitas. Eysenck (1953/1996) expone una amplia referencia de esa investigación y la saluda como una aportación muy interesante al campo de la psicología política. Eysenck utiliza la misma terminología psicoanalítica que los autores, aunque si bien precisa que el marco teórico explicativo utilizado por los autores no es imprescindible para analizar la obra.

Parte de esos elogios iniciales se transformaron poco después en críticas. Sin duda, una de las más relevantes, y que ha dado lugar a una importante polémica posterior, es la referida a la identificación que se establece en LPA entre autoritarismo e ideología de extrema derecha.

Modificando en parte la valoración realizada seis años antes, Shils en un capítulo titulado «Authoritarianism, Left and Right» publicado en el libro de Christie y Jahoda (1954), afirma que esa equiparación entre autoritarismo y fascismo responde a una tradición intelectual absolutamente equivocada. Según su opinión el autoritarismo es un fenómeno que está presente tanto en la derecha como en la izquierda política.

La postura de Shils es compartida por Eysenck (1954/1964) cuando señala que «..., también se ha repetido muy a menudo que hay entre comunistas y fascistas una semejanza considerable; llegando a afirmar que no es grande la diferencia existente entre ellos. En este contexto ambos se oponen a los partidos democráticos, v. gr. a los partidos socialista, conservador y liberal, ...»(p.168-169).

Al margen de ese posicionamiento crítico al tipo de autoritarismo abordado en LPA, Eysenck y Wilson (1978) también recriminan a los autores del grupo de Berkeley su olvido del trabajo de Jaensch. Este psicólogo alemán de ideología claramente nazi había publicado en 1938 una obra titulada *Der Gegentypus*, en la que identifica a un tipo de personalidad que es exactamente la opuesta a la estudiada en LPA. Según Eysenck y Wilson (1978) el trabajo de Jaensch tuvo una notable influencia en los estudios de Adorno y su grupo, pero debido a sus simpatías nazis «su nombre no es mencionado por los autores» (p.3). A pesar de que este comentario de Eysenck y Wilson se refiere a una circunstancia casi anecdótica, lo cierto es que no responde a la realidad de los hechos. Adorno y su grupo sí mencionan en su trabajo la obra de Jaensch. En LPA nos encontramos con la siguiente referencia: «El anti-tipo de Jaensch... La naturaleza esencialmente no dinámica, «antisociológica» y cuasi-biológica de las clasificaciones análogas a las de Jaensch se opone directamente a la teoría de nuestro trabajo y a sus resultados empíricos» (p.696-697). Como puede observarse, los autores de LPA no sólo mencionan el nombre de Jaensch sino que también apuntan algunas de las limitaciones que ellos perciben en su planteamiento.

Volviendo a la crítica sobre la equiparación entre autoritarismo e ideología de extrema derecha, el hecho es que en LPA se identifica a un grupo de sujetos, los 'bajos rígidos', que «no podrían distinguirse casi de algunos 'altos' extremos en lo que respecta a muchas de nuestras variables, especialmente la rigidez y el pensar 'total'» (p.719).

Lo que sí es cierto es que Adorno y su grupo no desarrollaron esa idea y se centraron en el estudio del autoritarismo de derechas. Esta opción la tomaron de forma deliberada y consciente, basándose en el hecho de que «ninguna tendencia psicosocial encierra tan seria amenaza para nuestras instituciones y valores tradicionales como el fascismo, y que el conocimiento de las fuerzas de personalidad que favorecen su aceptación puede, en último término, resultar útil en la lucha contra esa idea» (p. 27). El planteamiento y la finalidad del trabajo del grupo de Berkeley tenía, como se deduce de la cita expuesta, una clara dimensión de compromiso social y político.

Pero al margen de lo anterior, en principio parece posible, tal y como señalaron Shils y Eysenck, y como se mostraba en LPA, que personas situadas en polos opuestos del continuum político compartan estructuras de personalidad semejantes. El trabajo de Eysenck se dirigió, precisamente, a tratar de mostrar ese hecho.

La Teoría bifactorial de la estructura de las actitudes

La primera aproximación de Eysenck al tema de las actitudes sociales está recogida en su artículo de 1944 *General Social Attitudes*. En ese trabajo analiza los estudios factoriales realizados por Ferguson, Carlson y Thurstone en la década de los 30, en los que se muestra que la solución bidimensional resulta más adecuada que la unidimensional para dar cuenta de todas las correlaciones que se presentan entre las diferentes actitudes. Aunque Eysenck insinúa en algún momento la posibilidad de que deben buscarse soluciones con un número mayor de dimensiones, la estructura bidimensional obtenida por esos autores parece resultar, al final, satisfactoria.

La crítica de Eysenck a los estudios precedentes se dirige, fundamentalmente, a la interpretación y denominación de los factores obtenidos. La propuesta de Eysenck es mantener el primer factor, de radicalismo-conservadurismo, que aparecía en esos estudios y que recoge actitudes que tradicionalmente han sido identificadas con esas etiquetas, y buscar un nuevo fundamento para el segundo factor. Sobre ese segundo factor, Eysenck (1944) comenta: «...tenemos por una parte a la persona práctica, pragmática, extravertida, que se relaciona con el mundo exterior ya por la fuerza (el soldado), ya a través de la manipulación (el científico). Del otro lado está el teórico, el idealista, está el introvertido, la persona que se relaciona con sus propios problemas ora a través del pensamiento (el filósofo), ora con la fe (el sacerdote). Probablemente la mejor manera de describir este factor consista en subrayar la dicotomía práctico-teórico» (p.214). Esta dicotomía tiene para Eysenck una clara relación con factores temperamentales. De hecho, en ese mismo trabajo señala que «La actitud práctica es la del individuo de 'mentalidad dura' de James, del extravertido. La actitud teórica es la del individuo de 'mentalidad blanda', la del introvertido» (p. 214).

Los trabajos posteriores de Eysenck van a tener como finalidad mostrar la posible existencia de esas dos dimensiones que había planteado anteriormente, y comprobar la relación que mantienen respecto a diferentes grupos políticos.

Eysenck (1947a) aplica su escala de actitudes destinadas a medir las dimensiones de conservadurismo-radicalismo (R), y mentalidad dura-mentalidad blanda (T), a grupos de conservadores, liberales y socialistas. Los resultados obtenidos revelan que las dimensiones R y T son independientes, y que los grupos considerados se diferencian claramente en el primer factor, pero no en el segundo.

Eysenck (1951) vuelve sobre esta cuestión con el objetivo, como él mismo apunta, de profundizar en esa línea de trabajo y demostrar que los comunistas se «encuentran en el polo de la dimensión dura y opuestos a los otros tres partidos que se situarían en el polo de la mentalidad blanda» (p.199-200). Aunque Eysenck no lo señala en el apartado dedicado a la

muestra utilizada en ese trabajo, posteriormente comenta que también incluyó a un grupo de «solamente siete personas pertenecientes a la clase media... que podían ser propiamente llamadas fascistas» (p.206). Las puntuaciones medias obtenidas por los grupos de conservadores, liberales, socialistas, comunistas y fascistas de clase media en la dimensión R de su escala fueron, respectivamente, las siguientes: 4.6, 6.3, 9.4, 12.4, 5.2. Las puntuaciones medias en la dimensión T fueron: 7.6, 7.9, 8.0, 6.8, 4.7. A partir de esos resultados Eysenck concluye «que mientras los fascistas y comunistas están en polos opuestos con respecto al factor de radicalismo, resultan muy similares con respecto al factor T» (p. 207).

Los resultados obtenidos por los diferentes grupos en la dimensión T son comentados nuevamente por Eysenck (1954/1964). En este caso, los datos son presentados de una manera un tanto diferente. Eysenck muestra las puntuaciones medias obtenidas por los sujetos de clase media y clase trabajadora de los grupos conservadores, liberales y socialistas, y una puntuación media conjunta de los comunistas y fascistas. Los resultados en este caso son: 7.7 para los liberales, 7.0 para los socialistas y conservadores, y 5.5 para el grupo formado por fascistas y comunistas. Después de exponer esos resultados Eysenck (1954/1964) afirma que esas puntuaciones revelan que los fascistas y comunistas «obtienen con mucho el resultado más duro. Con lo cual también este pronóstico se ve confirmado. Así que los resultados corroboran, y sin medias tintas, la identificación del factor T con el hipotético factor autoritario, y nos encontramos con que casi todos los comunistas aparecen en el cuadrante radical-mentalmente duro, y todos los fascistas, sin excepciones, están en el cuadrante delimitado por la dureza mental y el conservadurismo» (p.208). A pesar de la rotundidad de esa afirmación, Eysenck reconoce que debido al pequeño número de fascistas «los resultados pueden ser ligeramente menos convincentes de lo que se podría desear» (p.206), pero nuevas investigaciones demostrarán que la relación anterior queda completamente confirmada.

Eysenck y Coulter (1972) publican un estudio con la finalidad de comprobar si en ese momento sus tesis, establecidas años atrás, respecto a la semejanza entre fascistas y comunistas, seguían todavía vigentes. La muestra utilizada fue de 86 soldados, que formaban el grupo control, 43 comunistas y 43 fascistas. Sobre el proceso de selección de la muestra, señalan que en el grupo de comunistas «siete personas se descartaron por ser judías» (p. 61). Eysenck y Coulter no presentan las puntuaciones medias de los diferentes grupos, únicamente dan información sobre los resultados obtenidos con la prueba t de diferencias entre medias. De acuerdo con los propios datos del trabajo que estamos exponiendo, se observa que existen diferencias significativas entre los grupos de fascistas y comunistas en la dimensión T. Eysenck y Coulter reconocen este hecho afirmando que los fascistas fueron mucho más *tought-minded*. Pero inmediatamente comentan que «sin embargo, ese resultado es un artefacto resultante de la presencia de muchos judíos en el grupo comunista; cuando se utilizó una versión revisada de la escala T, en la que se omitían los ítems antisemitas, no se encontraron diferencias entre los fascistas y comunistas» (p.64).

A tenor de las características de mentalidad dura que concurren en fascistas y comunistas, provocadas en gran medida por factores genéticos, Eysenck afirma que las opiniones y actitudes de esos grupos tienen una dimensión ideológica en cuanto que introducen elementos irracionales, emocionales y no comprobables. El planteamiento de esos grupos llevaría a una sociedad ideológica, a la que se enfrenta una sociedad civil representada por las opiniones y actitudes de los grupos moderados (Eysenck y Wilson, 1978, p. 306).

Como se desprende de lo anterior, Eysenck propone un modelo de estructura de las actitudes en la que se identifican dos factores ortogonales: R y T. Los grupos extremos del continuum político se diferenciarían en la primera de esas dimensiones, pero serían semejantes en mentalidad dura.

Así como la dimensión R tiene un claro contenido ideológico, la dimensión T está relacionada con rasgos de personalidad. Eysenck (1954/1964) defiende esa posición cuando afirma: «El factor T no constituye en si mismo un factor ideológico alternativo, sino que es más bien la proyección en el campo de las actitudes sociales de un conjunto de variables de personalidad» (p.252).

Esta última afirmación de Eysenck plantea la necesidad de conocer los determinantes psicológicos que conducen a los sujetos a mantener unas actitudes sociales u otras. Esta es la cuestión que abordaremos en el siguiente apartado.

Determinantes psicológicos de R y T

Los factores R y T aparecen identificados psicométricamente a través de la utilización del análisis factorial. Sin embargo, un análisis psicológico de las actitudes sociales precisa también hacer referencia a los correlatos psicológicos relacionados con la existencia de esas dimensiones.

La aproximación de Eysenck a los determinantes psicológicos de las actitudes sociales, está estrechamente relacionada con los postulados de la teoría del aprendizaje de la época, en especial con las tesis de Mowrer. Asumiendo la distinción establecida por este último autor entre aprendizaje y condicionamiento, Eysenck (1954/1964) afirma que «como indica Mowrer, el aprendizaje es paralelo a lo que Freud denominó principio de placer o satisfacción, mientras que el condicionamiento está más próximo al principio de la realidad» (p.371).

De acuerdo con el planteamiento anterior, la posición de los sujetos en la dimensión R estaría determinada, fundamentalmente, por su situación socio-económica y sus expectativas de futuro. Esto es, tendría un carácter instrumental dirigido por el principio de satisfacción anteriormente señalado. Pero este enfoque ambientalista de las actitudes radicales y conservadoras, es matizado posteriormente por Eysenck y Wilson (1978) señalando que existen una serie de rasgos de personalidad que están influyendo en el posicionamiento de los sujetos en la dimensión R. Así «cuanto más temerosa y conformista sea una persona, más probable es que asuma los puntos de vista e ideas conservadoras; cuanto más impulsiva y arriesgada sea, más probable es que adopte una posición radical» (p. 308). Sin embargo, los propios autores asumen que cuentan con poco respaldo empírico para mantener esa posición, debido a que los pocos intentos que se han realizado por establecer una relación entre esa dimensión y variables de personalidad han resultado fallidos, y a que las interpretaciones marxistas y ambientalistas han resultado dominantes y ello impidió profundizar más en esa línea de investigación.

Por lo que respecta a la dimensión T, Eysenck (1954/1964) afirma que las características de la mentalidad dura se refieren a la inmediata satisfacción de los impulsos agresivos y sexuales, mientras que la mentalidad blanda se vincula con ideas éticas y religiosas que sirven de freno a los impulsos anteriores. Las actitudes propias de la mentalidad blanda son las que intentan transmitirse a través del proceso de socialización.

La posición de un sujeto en el polo de mentalidad dura de la dimensión T respondería, por tanto, a un fracaso del proceso de socialización. Y ello vendría provocado por las dificultades en la condicionabilidad de esos sujetos. Para Eysenck el distinto grado de condicionabilidad de los sujetos está relacionado con la dimensión de personalidad de extraversión-introversión. Según este autor: «...debemos poder pronosticar que cuando introvertidos y extravertidos están sujetos al mismo grado de presión socializadora por parte de la sociedad, entonces los introvertidos se volverán «sobresocializados» y los extravertidos «infrasocializados». Y si como dijimos, la socialización puede bajo múltiples aspectos equipararse a la blandura mental, podemos aguardar que los extravertidos sean mentalmente duros y los introvertidos tengan la mentalidad blanda» (p. 377-378).

La relación establecida por Eysenck entre mentalidad dura y extraversión no contó, sin embargo, con el respaldo empírico necesario. En diversos estudios (Orpen, 1972; Smithers y Loble, 1978) se puso de manifiesto que la correlación entre T y E era relativamente baja. Pero además de ello, y como señala Brand (1981), hay dos hechos que cuestionan la tesis anterior. Por una parte, los fascistas y los comunistas no muestran puntuaciones elevadas en extraversión y, por otra parte, existen serias dudas de la influencia de la extraversión sobre la incondicionabilidad. De hecho el propio Eysenck (1967) acepta el hecho de la no universalidad de la asociación entre E e incondicionabilidad.

En ese momento, y como apuntaba Sabucedo (1985), parecía que la dimensión T no contaba con un sustento psicológico sólido. La tabla de salvación para Eysenck llegó en forma de variable de psicoticismo (P). Esta variable de psicoticismo, independiente tanto de la extraversión como del neuroticismo, empezó a tomar cuerpo gracias a los trabajos realizados por Sybil Eysenck en los años 60.

La nueva reformulación de Eysenck de la base psicológica de la dimensión T, queda claramente explicitada en la siguiente afirmación « Lo que sugerimos es que lo fundamental en la mentalidad dura es P, con quizá una mezcla de E; esta configuración heredada de personalidad hace que los sujetos sean dogmáticos, autoritarios y maquiavélicos en el modo en que expresan sus actitudes y en la elección de las actitudes que adoptan» (Eysenck y Wilson, 1978, p. 309).

El fundamentar las puntuaciones de la dimensión T en esas variables de personalidad, ya sea E o P, tiene unas evidentes consecuencias para el posicionamiento de los sujetos en el campo de las actitudes socio-políticas. Esas características conducirían a adoptar posiciones políticas extremas, ya sea en la derecha o en la izquierda del continuum político. Esto es, los sujetos con esos rasgos de personalidad no podrían ser ni socialistas ni conservadores, y mucho menos liberales, sino que sus opciones se reducirían a alinearse bien con las opciones fascistas o con las comunistas.

Validez y vigencia de los planteamientos de Eysenck

Al plantearmos este trabajo tomamos la decisión de permitir que el autor al que se dedica este monográfico expusiese ampliamente sus ideas, investigaciones, resultados y conclusiones. Por tal motivo, en las páginas anteriores nos hemos limitado a citar comentarios de Eysenck, a mostrar sus datos y a recoger sus consideraciones sobre los mismos. Creemos que esta forma de actuar permite que sea el lector el que extraiga sus propias conclusiones sobre el valor de la obra. Pero ahora, una vez que ya son conocidas y de primera mano las tesis de Eysenck, es obligado que realicemos algunas consideraciones sobre el trabajo de nuestro autor. Vamos, pues, a ello.

Sin duda, de las tesis de Eysenck sobre la estructura de las actitudes socio-políticas, una de las que más interés y polémica ha despertado es la equiparación entre fascistas y comunistas en la dimensión de mentalidad dura.

Los datos presentados por el propio autor difícilmente, según nuestra opinión, respaldan sus conclusiones respecto a la semejanza de fascistas y comunistas en ese factor de autoritarismo. Esa afirmación la basamos en los siguientes hechos:

a) en su trabajo de 1951, las puntuaciones de fascistas y comunistas en la dimensión T son, respectivamente, de 4.7 y 6.8. Esto es, existe una diferencia de 2.1 puntos entre ambos grupos. Al mismo tiempo, se observa que la diferencia entre las puntuaciones obtenidas por el grupo de conservadores (7.6) y comunistas (6.8), es de tan sólo 0.8 puntos. La diferencia con el grupo de liberales es de 1.1 puntos. A tenor de esos datos, que revelan que el grupo de comunistas se encuentra mucho más próximo a los conservadores y a los liberales que a los facistas, resulta

difícil aceptar su conclusión de que «fascistas y comunistas ... resultan muy similares en la dimensión T» (p.20).

b) Resulta bastante sorprendente la estrategia utilizada por Eysenck en *Psicología de la decisión Política* para presentar los datos anteriores. El incluir en una misma categoría a los fascistas y comunistas y obtener la puntuación media está ocultando las diferencias claras que presentaban ambos grupos. Así las puntuaciones de 6.8 de los comunistas y de 4.7 de los fascistas, quedan transformadas en una única puntuación media de 5.5. Esa puntuación, obviamente, no responde a la auténtica posición de cada uno de esos grupos en la dimensión T. Esta forma de actuar llevó a Christie (1956) a realizar una dura crítica a Eysenck aludiendo a «manipulaciones injustificables de los datos» (p.450).

c) En el trabajo de Eysenck y Coulter (1972) también hay algunos hechos llamativos. Los fascistas obtenían puntuaciones mucho más elevadas en la escala T, pero los autores señalan que eso era un artefacto debido a la presencia de ítems antisemitas en la escala. Cuando se suprimieron esos ítems, fascistas y comunistas obtenían puntuaciones similares. Esta forma de actuar resulta curiosa por dos razones. En primer lugar, Eysenck y Coulter justifican la supresión de esos ítems por «la presencia de muchos judíos en el grupo comunista» (p.64). Sin embargo, en la página 61 de ese mismo trabajo los autores señalan que de la muestra de comunistas «siete personas se descartaron por ser judías». Como puede observarse, «los muchos judíos» eran solamente siete y, además, fueron excluidos de la muestra. En segundo lugar, los autores señalan otra razón para eliminar esos ítems antisemitas. Ello se hizo «debido a las actitudes específicamente antisemitas de los fascistas» (p.62). Lo que cuesta entender es por qué, siguiendo la misma lógica, no se eliminaron los ítems religiosos dado que los comunistas eran claramente anti-religiosos.

d) Al margen de las puntuaciones totales obtenidas por los fascistas y comunistas en la dimensión T, también es necesario ser conscientes del modo en que esos grupos podían alcanzar esas puntuaciones. Algunos ítems de la escala T que medían la mentalidad dura, eran los siguientes: la gente de color es innatamente inferior a los blancos; la santificación de las fiestas es cosa de otros tiempos; mayor facilidad para el divorcio; relaciones pre-matrimoniales; las personas con taras deben ser esterilizadas. Algunos de los ítems que medían la mentalidad blanda eran: en beneficio de la paz tenemos que renunciar a una parte de nuestra soberanía; solamente por un retorno a la religión puede la civilización conservar esperanza de salvarse; educación religiosa obligatoria en las escuelas; el control de los nacimientos, a no ser por razón de prescripción médica, debería reputarse ilegal; la pena de muerte es un salvajismo y tiene que ser abolida.

Esos ítems son un claro ejemplo de que pueden obtenerse puntuaciones similares en mentalidad dura a través de vías muy distintas. En otro momento, Sabucedo (1985) habíamos comentado lo siguiente: «¿Realmente podemos afirmar que son en el mismo sentido duros los que están a favor del divorcio que los que defienden la discriminación racial, o los que abogan por la supresión de la enseñanza religiosa en las escuelas que los que están a favor de la pena de muerte?. Es obvio que esa equiparación se puede hacer, y de hecho ahí está el ejemplo de Eysenck, pero el establecer esa similitud parece responder más a planteamientos ideológicos del investigador que a criterios científicos» (p. 50). Críticas similares a ésta fueron planteadas con anterioridad por Christie (1956) y Rokeach y Hanley (1956). También Brand (1981) en su capítulo del libro de homenaje a Eysenck, afirma que aunque los comunistas puedan rechazar los ítems religiosos, no presentan niveles comparables de mentalidad dura en otras áreas.

e) Finalmente, otra cuestión de interés para evaluar las conclusiones de Eysenck sobre la semejanza de fascistas y comunistas en autoritarismo tiene que ver con las características del grupo de fascistas utilizado en sus trabajos. En su artículo de 1951, la puntuación de ese grupo en la dimensión R fue de 5.2, mientras que la de los conservadores fue de 4.6, y la de los

liberales de 6.3. Por tanto, en cuanto a su grado de conservadurismo, los fascistas se situaban entre el grupo de conservadores y el de liberales. No parece, entonces, que el grupo de fascistas utilizado por Eysenck fuese especialmente conservador. Por otra parte, Billig (1979) realiza una dura crítica al trabajo de Eysenck y Coulter (1972) por no seguir la práctica habitual de presentar las medias de los grupos. Ello significa ocultar información relevante ya que impide conocer cuáles son las características de las muestras utilizadas por Eysenck.

Creemos que los argumentos anteriores respaldan nuestra afirmación de que los trabajos de Eysenck no apoyan su tesis de la semejanza de comunistas y fascistas en la dimensión de mentalidad dura. Stone (1980) afirma también que la pretensión de Eysenck de mostrar la existencia de un autoritarismo de izquierdas, no cuenta con apoyo empírico.

Trabajos posteriores a los de Eysenck que intentaron, en la misma línea que ese autor, poner de manifiesto la existencia de un autoritarismo de izquierda (Rokeach, 1960; McCloskey y Chong, 1985) no han tenido mejor éxito (Sabucedo, 1996). Comentando varios de esos intentos, incluidos los de Eysenck, Brown (1965) comentaba que «no se ha demostrado que los fascistas y comunistas sean semejantes en autoritarismo o en cualquier otra dimensión de la ideología» (p.542). Más recientemente, Stone y Smith (1993) señalan que desde los tiempos de Shils el planteamiento del autoritarismo de izquierda se basa en la observación de la existencia de regímenes que se proclaman de izquierdas pero que mantienen actitudes autoritarias. Pero, según estos autores, resulta incorrecto inferir a partir de ese hecho que los izquierdistas tienen rasgos de personalidad autoritarios. Stone y Smith muestran su sorpresa por el hecho de que competentes científicos sociales puedan haber hecho ese tipo de razonamiento, y apuntan que ello, en parte, puede ser debido «al sesgo centrista y anticomunista de esos científicos sociales» (p.155).

Otro de los temas importantes abordados por Eysenck es la fundamentación psicológica de la dimensión T. Como comentamos en su momento, la tesis de la relación entre E y T tuvo que ser descartada por no contar con suficiente apoyo empírico. La variable de psicoticismo (P), se planteó entonces como posible alternativa. Sin embargo, como señala Brand (1981) las correlaciones entre T y P son moderadas, y ello indica que no puede descartarse que los sujetos con mentalidad blanda obtengan puntuaciones elevadas en ese factor de personalidad. Aunque Brand insinúa que otras variables, como la ansiedad extrema, pueden estar más relacionadas con T que lo que estaba P, también sugiere que no sería sorprendente que esos rasgos de personalidad estuviesen presentes en los cuatro cuadrantes de la representación bidimensional de Eysenck de las actitudes sociales.

A modo de conclusión: la psicología de Eysenck y sus consecuencias políticas

Sin lugar a dudas, uno de los aspectos más destacados del trabajo de Eysenck es su afirmación de la influencia de los factores genéticos en el desarrollo de las actitudes sociales. En este sentido, su posición es claramente heredera de las tesis de Jaensch quien había afirmado que el liberalismo extremo no era únicamente un hecho político, sino especialmente un hecho psicobiológico. La atención de Eysenck al comunismo (al que se podría considerar en terminología de Jaensch como liberalismo extremo) y sus hipótesis sobre las características de los sujetos que se adhieren a esa ideología, lo hacen aparecer más próximo a Jaensch que a Adorno. El énfasis en los factores genéticos obvia la importancia de los aspectos políticos y económicos que se han mostrado importantes para la explicación de diversas actitudes sociales (Pettigrew, 1956), y olvida que el conocimiento es socialmente construido.

Al exponer en las primeras páginas de este trabajo las tesis de Eysenck, señalamos que frente a una sociedad ideológica, ejemplificada por los grupos políticos extremos y caracterizada

por elementos irracionales y no comprobables, él apostaba por una sociedad civil representada por las opiniones y actitudes mantenidas por los grupos políticos de mentalidad blanda. Pero ese posicionamiento en contra de las opciones políticas extremas, se ve cuestionado por su afirmación de que «El principio igualitario subyacente al socialismo está en conflicto con la realidad biológica y sólo puede lograrse a través de una dictadura» (Eysenck y Wilson, 1978, p. 310). En este sentido, y como afirma Billig (1982), pese a las apariencias, la posición de Eysenck no es una defensa del status-quo frente a los extremismos, sino una crítica tanto contra la izquierda revolucionaria como contra la sociedad actual que demanda un mayor igualitarismo.

Eysenck también parece querer aplicar las teorías de Galton de las diferencias individuales al «perfeccionamiento» del sistema democrático. No en vano Eysenck (1947b), señalaba que la psicología puede avanzar hacia un estado en donde el planteamiento de Galton no resulte una profecía, sino algo real.

Eysenck (1953/1996) cita a Horst quien sugería la posibilidad de que los candidatos políticos pasasen unos exámenes de capacitación antes de poder presentarse, y que los electores sufriesen unos exámenes adecuados antes de concederles permiso para votar. A continuación de esa referencia, Eysenck matiza que esas ideas no están destinadas a ser tomadas demasiado en serio. Pero seguidamente afirma que dado que el sistema político no es perfecto, «...deberían poder discutirse y argumentarse, en términos de sus respectivos méritos, todas las opciones encaminadas a posibles mejoramientos» (p.377). El simple hecho de recoger esa cita de Horst y su llamada a poder discutir otras posibles vías de representación democrática, parece mostrar una cierta preocupación de Eysenck por el principio democrático de «una persona, un voto». Frente a ese postulado democrático, Eysenck parece insinuar que sólo algunas personas, seguramente aquellos a los que los tests psicológicos califican de «capaces», deberían poder participar en esos procesos de elección «democrática». Este análisis no parece demasiado descabellado teniendo en cuenta tanto las propias palabras de Eysenck citadas anteriormente, como su consideración del Kantsaywhere de Galton como un lugar en el que los dirigentes son seleccionados por tests psicológicos (Eysenck, 1947b).

En diferentes trabajos Eysenck reclamaba que la actitud científica debería dejar de lado los prejuicios y centrarse en los datos. Esa ha sido la postura que hemos adoptado al exponer y analizar los trabajos de ese autor. Sin embargo, del análisis de su obra nos queda la duda de si él aplicaba ese mismo principio a su tarea investigadora. La afirmación de que los fascistas y comunistas resultaban similares en autoritarismo, se mantenía más allá de lo que sus propios resultados mostraban. Cuando la evidencia de lo contrario era ya demasiado clara, optaba por suprimir aquellos ítems de la escala que impedían que su postura se viese confirmada.

Por otra parte, sus posiciones teóricas se alinean con un elitismo democrático que nos retrotrae a épocas pretéritas y que se enfrenta con valores como los de la igualdad y participación que constituyen referentes importantes en las sociedades democráticas avanzadas.

Pero en definitiva, y aunque Eysenck parecía obviarlo, no debemos olvidar que el trabajo científico, como muy bien señalaba Martín Baró (1983), es producto de un lugar y un tiempo determinados. Si a esto añadimos el hecho de que la actividad científica no es axiológicamente neutra (Kelman, 1979; Ibañez, 1990; Sabucedo, et. al. 1997), tendremos algunas claves para conocer el pensamiento de uno de los psicólogos más prolíficos y polémicos de las últimas décadas.

Referencias

Adorno, T.W.; Frenkel-Brunswick, E.; Levinson, D.J. y Sanford, R.N. (1950/1965). *La Personalidad Autoritaria*. B. Aires: Proyección.

Billig, M. (1979). Professor Eysenck's political psychology. *Patterns of Prejudice*, 13, 9-16.

Billig, M. (1982). *Ideology and Social Psychology*. Oxford: Basil Blackwell.

- Brand, C. (1981). Personality and political attitudes. En R. Lynn (ed.). *Dimensions of Personality. Papers in honour of H.J. Eysenck*. Oxford: Pergamon Press.
- Brown, R. (1965). *Social Psychology*. N.Y.: Free Press
- Christie, R. (1956). Eysenck's treatment of the personality of communists. *Psychological Bulletin*, 53, 411-30.
- Eysenck, H.J. (1944). General Social Attitudes. *The Journal of Social Psychology*, 19, 207-227.
- Eysenck, H.J. (1947a). Primary Social Attitudes. *International Journal of opinion and attitude research*, 1, 49-84.
- Eysenck, H.J. (1947b). The measurement of socially valuable qualities. *Eugenics Review*, 39, 103-107.
- Eysenck, H.J. (1951). Primary social attitudes as related to social class and political party. *The British Journal of Sociology*, 11, 198-209.
- Eysenck, H.J. (1953/1996). *Usos y abusos de la Psicología*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Eysenck, H.J. (1954/1964). *Psicología de la decisión política*. Barcelona: Ariel.
- Eysenck, H.J. (1967). *The Biological Basis of Personality*. Springfield: C.C. Thomas.
- Eysenck, H.J. y Coulter, T. (1972) The personality and attitudes of working class British communists and fascists. *The Journal of Social Psychology*, 87, 59-73.
- Eysenck, H.J. y Wilson, G. (1978). *The Psychological Basis of Ideology*. Lancaster: MTP.
- Kelman, H.C. (1979). Ethical imperatives and social responsibility in the practice of political psychology. *Political Psychology*, 1, 100-102.
- Martín-Baro, I. (1983). *Acción e Ideología: Psicología Social desde Centroamérica*. San Salvador: UCA editores.
- McCloskey, H. y Chong, D. (1985). Similarities and differences between left-wing and right-wing radicals. *British Journal of Political Science*, 15, 329-363.
- Orpen, C. (1972). The Cross-cultural validity of the Eysenck personality inventory: A test in afrikaans-speaking south Africa. *British Journal of Social and Clinical Psychology*, 11, 244-247.
- Pettinrew, T.F. (1958). Personality and sociocultural factors in intergroup attitudes: a cross-national comparison. *Journal of Conflict Resolution*, 2, 29-42.
- Rokeach, M. (1960). *The open and closed mind*. N. Y.: Free Press.
- Rokeach, M. y Hanley, C. (1956). Eysenck's tender-minded dimension: a critique. *Psychological Bulletin*, 53, 159-176.
- Sabucedo, J.M. (1985). *Autoritarismo y actitudes sociopolíticas*. Santiago de Compostela: Tórculo.
- Sabucedo, J.M. (1996). *Psicología política*. Madrid: Síntesis.
- Sabucedo, J.M.; D'Adamo, O. y García, V. (1997). *Fundamentos de Psicología Social*. Madrid: S.XXI.
- Shils, E.A. (1948). *The present state of American sociology*. Glencoe, IL: Free Press.
- Shils, E.A. (1954). Authoritarianism: «Right» and «Left». En R. Christie y M. Jahoda (eds.). *Studies in the scope and method of «The Authoritarian Personality*. Glencoe, IL: The Free Press
- Smithers, A.G. y Loble, D.M. (1978). Dogmatism, social attitudes and personality. *British Journal of Social and Clinical Psychology*, 17, 135-142
- Stone, W.F. (1980). The myth of left-wing authoritarianism. *Political Psychology*, 2, 3-19
- Stone, W.F. y Smith, L.D. (1993). Authoritarianism: Left and Right. En W.F. Stone, G. Lederer y R. Christie (eds.). *Strength and Weakness. The Authoritarian Personality Today*. N.Y.: Springer-Verlag